

DOMÍNGUEZ-BORDONA, HISTORIADOR DE LA MINIATURA ESPAÑOLA. NOTICIA BIOGRÁFICA

Leonardo Jesús Domínguez Sánchez-Bordona nació en Ciudad Rodrigo, en 6 de noviembre de 1889, como uno de los doce hijos de un conocido banquero de la bella población salmantina. El nombre de Leonardo quedaría oscurecido a lo largo de su vida por el de Jesús, más frecuente en el uso familiar.

Ser hijo de un banquero sugiere una situación económica envidiable y de abierto porvenir; sin embargo, doce hijos son muchos para un acomodado banquero local, y por lo tanto, Domínguez-Bordona tuvo que preparar su formación con vistas a desenvolverse por el propio esfuerzo en su vida futura. Recibió sus primeras enseñanzas en la ciudad natal, asistiendo al seminario-colegio de San Cayetano de la misma. Posteriormente se trasladó a Salamanca para cursar en ella los estudios universitarios.

Dentro de las aulas y patios del vetusto edificio el adolescente percibía maravillado la resonancia de la cultura universitaria salmantina. Era durante los años primeros del rectorado de don Miguel de Unamuno y de los intercambios intelectuales luso-hispanos promovidos por él; los tiempos del descubrimiento por el P. Cámara del poeta Gabriel y Galán y de la presencia en Salamanca de Eugenio de Castro y otros escritores portugueses no menos notables. Dorado Montero y el viejo Gil Robles ilustraban las cátedras de Derechos Penal y de Derecho Político. Publicaba Luis Maldonado sus castizos *Romances del Ciego de Robliza* y sus deliciosas escenas *Del campo y de la ciudad*, y el maestro Dámaso Ledesma daba a conocer el riquísimo *Cancionero* de la región, tesoro folklórico casi totalmente ignorado y disperso hasta entonces. Tres diarios, dirigidos y en gran parte elaborados por los hermanos Domínguez Berrueta, los hermanos Rodríguez Pinilla y los hermanos Núñez Alegría, rayaban a la altura de la prensa española de mejor calidad. Esta y parecidas realidades ejercían un intenso atractivo en el espíritu de nuestro biografiado y le invitaban a seguir el ejemplo estudiantes como Federico de Onís, Fernando Iscar y José Sánchez Rojas, que, aún no alcanzada la licenciatura, empezaban a revelarse brillantemente en la revista *Gente joven* como los primeros discípulos del admirado rector. Pero el deseo de alcanzar una formación más completa en los estudios de Arqueología e Historia del Arte y disciplinas auxiliares decidieron a Domínguez-Bordona a seguir a sus cursos universitarios en Madrid.

Ya en Madrid atrajo su interés desde un primer momento la revista *La Lectura*, que dirigía a la sazón Francisco Acebal, revista que por el año 1898, año que tan hondo surco abriría en la conciencia nacional, publicaba colaboración de Miguel

de Unamuno, Dorado Montero, Pardo Bazán, Julián Juderías, etc.; en ella se daría a conocer Juan Maragall, el exquisito poeta catalán, traducido por el propio Unamuno, dos temperamentos muy dispares entre sí, pero que supieron comprenderse mutuamente. De la revista, y con su mismo título, brotaría la excelente «Biblioteca de clásicos castellanos», la cual marcaría en su género toda una época. Con el tiempo fueron confiadas en dicha Biblioteca a Domínguez-Bordona las ediciones comentadas de obras diversas de destacados autores clásicos.

En 1913 Domínguez-Bordona ingresó en el Centro de Estudios Históricos, entre cuyos maestros habían ya adquirido relieve las figuras orientadoras de don Manuel Gómez Moreno y de don Elías Tormo, con quienes se compenetraría y al fin decidiría su vocación erudita artística. Junto con Domínguez-Bordona formábanse entonces en el mencionado Centro futuras personalidades, como, por ejemplo, Pedro Salinas, Sánchez Cantón, Moreno Villa, Antonio Floriano y tantos otros que adquirirían igualmente nombre en los estudios de historia literaria, artística, arqueológica, etc. Entre la literatura y el arte, con derivaciones al campo de la bibliología y bibliofilia, fluctuaría toda la labor futura de nuestro Domínguez-Bordona.

Temperamento de sensibilidad muy a flor de piel, por fuerza Domínguez-Bordona, en sus años de niñez y mocedad, había de sentir inclinación hacia la poesía. Tal afición adquirió cierta intensidad durante los primeros años universitarios; fue por entonces cuando publicó algunas composiciones en la sección que *El Liberal* ofrecía dedicada a poetas noveles. Por este período Domínguez-Bordona formaba parte de un pequeño grupo de aficionados a la poesía que entre reiteradas vueltas al claustro del sórdido caserón universitario de la calle de San Bernardo leíanse ilusionados sus producciones. Era a la sazón Fernández Ardavín fraternal amigo de Domínguez-Bordona y juntos fueron algunas veces a visitar a Salvador Rueda, que ejercía de archivero en la Universidad y se hallaba en plena boga. El poeta malagueño les acogía paternalmente y los dos amigos salían entusiasmados, o mejor dicho, ofuscados de su conversación brillante y retórica, tan fulgurante como sus versos. Salvador Rueda regaló a Domínguez-Bordona un ejemplar de sus *Poesías completas* con expresiva dedicatoria que todavía conserva con natural estimación entre los libros de su selecta biblioteca particular.

La revelación de Fernández Ardavín, su fulminante éxito, así como las bellas poesías que Pedro Salinas le leía, impresionaron a Domínguez-Bordona y le hicieron desistir de seguir componiendo versos. Pedro Salinas, su amigo de entonces y de siempre, todavía no se había dado a conocer, pero producía ya gran efecto entre la juventud universitaria. Domínguez-Bordona, pues, abandonó el terreno discretamente, pero todavía Díez Canedo le obligaría a publicar en la revista *España* su bella poesía *El Cristo de Goya*. Fue muy leída y comentada; sin embargo, Domínguez-Bordona persistió en su renuncia para dedicarse de lleno a los estudios eruditos.

En el Centro de Estudios Históricos permaneció largo tiempo nuestro admirado amigo, hasta 1936, íntimamente compenetrado con el espíritu de la institución. No llegó a conocer personalmente a don Francisco Giner de los Ríos, fallecido en 1915; el insigne pedagogo, tan venerado entre la más selecta intelectualidad, llegó a influir, aunque indirectamente, en la fina sensibilidad de Domínguez-Bordona para toda

la vida; creemos reconocer esta influencia en su pulcritud intelectual, reflejada directamente en su estilo sencillo, pero diáfano y expresivo; con ella iría involucrado un innato sentido esteticista que le orientaría con el más íntimo y seguro convencimiento en sus tendencias artísticas.

Insistiendo acerca de la influencia indirecta de Giner sobre Domínguez-Bordona hemos de decir que en la época estudiantil siempre se encontró a gusto al lado de discípulos, amigos y admiradores del ilustre pedagogo, lo mismo que en la Universidad de Oviedo, donde el rector, don Aniceto Sela, y otros profesores seguían manteniendo el espíritu y la excelente tradición de la llamada «Extensión universitaria», que tanto tuvo de institucionalista. Se comprende que esta tendencia a tales contactos y relaciones personales haya encontrado ocasión favorable para mantenerse e intensificarse a lo largo de la vida profesional de Domínguez-Bordona en Madrid. Baste recordar la veneración que el profesor Gómez Moreno, su maestro y amigo durante casi medio siglo, sintió siempre por don Francisco Giner.

Sin abandonar sus actividades en el Centro de Estudios Históricos, Domínguez-Bordona decidió prepararse para ingresar en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Le conocimos personalmente entonces; ambos cursábamos las asignaturas del doctorado de Filosofía y Letras y asistimos a las clases que don Elías Tormo explicaba en el Museo del Prado, a la sazón en torno a Juan de Juanes. Su expresión abstraída, que a veces se animaba en una marcada sonrisa irónica de buena ley, no le abandonaría a lo largo de su vida.

Ya en el Cuerpo de Archiveros, Domínguez-Bordona fue destinado a la Biblioteca Universitaria de Oviedo; poco después pasó a la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional, de donde se trasladaría a la de Palacio, la cual, tanto por su riqueza bibliográfica, no muy explorada, como por su ambiente recogido y ameno para el estudio, constituiría el lugar más adecuado y oportuno para su acendrado temperamento de bibliófilo. En esta biblioteca, por lo tanto, desarrollaría Domínguez-Bordona una fecunda actividad. Entre las cualidades personales de Domínguez-Bordona destacó siempre, como muy característica, su amor al bello libro que encierra, asimismo, un bello contenido. Incluso diríamos que un libro cualquiera por cualquier razón se transfigura en sus manos y adquiere un imprevisto valor.

Ya durante este período Domínguez-Bordona había venido desarrollando en la Biblioteca de Clásicos Castellanos, dirigida por Domingo Barnés, una asidua colaboración. Publicó en ella esmeradas ediciones de los *Claros varones de Castilla* y las *Glosas a las Coplas de Mingo Revulgo*, de Fernando del Pulgar; *Generaciones y semblanzas*, de Fernán Pérez de Guzmán; *Las Obras poéticas de Cristóbal de Castillejo* (éstas en cuatro volúmenes). En dichas ediciones Domínguez-Bordona se revelaría como fino y meticuloso comentarista, atento en dar relieve a los más característicos trazos de la personalidad de los autores y a la evocación del ambiente en que vivieron, poniendo siempre calor y color en sus notas eruditas. Añádase a ello la publicación de múltiples estudios literarios, entre los que destacan los dedicados a Juan Fernández de Heredia, fray Diego Murillo, Alfonso X el Sabio, fray Hernando de Talavera, así como acerca de la prosa castellana en el siglo xv, estudio este último que figura en la *Historia de las Literaturas Hispánicas*, de G. Díaz-Platja.

Simultáneamente con su producción de carácter literario inició Domínguez-Bordona la de carácter artístico, que con el tiempo había de proporcionarle más acusada personalidad y renombre. En este sector ha sido considerable la variedad de temas tratados por nuestro erudito como, por ejemplo, sobre los plateros madrileños de los siglos XVI y XVII, sobre los libros miniados en Aviñón para Fernández de Heredia, sobre el grabador Antonio de Arfe, sobre la Exposición Concepcionista de Sevilla, el misal del cardenal Palavicino, los Beatos, la pintura boloñesa del siglo XIV, comentarios en torno a Mengs, a Goya, etc.

Las revistas en que ha venido colaborando principalmente han sido: *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, *Revista de la Biblioteca*, *Archivo y Museo de Madrid*, *La Lectura*, *Archivo Español de Arte*, *Revista de Filología Española*, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, *Gutenberg Jahrbuch*, *Biblioeconomía*, *Arquivo de Bibliografía Portuguesa* y otras más.

Los estudios de erudición artística valdrían a Domínguez-Bordona el encargo de redactar el *Catálogo de la Exposición de códices miniados españoles*, organizada en Madrid por la Sociedad de Amigos del Arte. La primera Exposición se había celebrado en 1924, pero con sensibles lagunas que serían subsanadas por Domínguez-Bordona en el catálogo que apareció en 1929, editado por la mencionada Sociedad y publicado en Barcelona.

En los años 1929-1930 Domínguez-Bordona daría a la publicidad sus obras de mayor relieve referentes a la miniatura en España, tras un largo período de investigaciones sobre la materia. Su bello libro *La miniatura española* se editó primeramente en Alemania (Munich, Kurt Walt) y en Inglaterra; posteriormente, en Barcelona, por Gustavo Gili, en Florencia (Pantheon) y París (Pegasus).

Siguieron a dicha obra nuevas publicaciones, entre ellas *El arte de la miniatura española* (Editorial Plutarco) y sobre todo el libro titulado *Manuscrito con pinturas*, que alcanzaría gran difusión y que en la actualidad se halla agotado. Para la edición de esta obra, compuesta de dos volúmenes, encontraría Domínguez-Bordona el mejor apoyo en Ricardo Orueta, quien a la sazón ocupaba la Dirección General de Bellas Artes. Para dar idea del interés que despertó este repertorio de nuestra miniatura baste decir que el conde de Laborde, presidente de la *Académie d'Inscriptions et de Belles Lettres*, lo presentaría en ella y le recomendaría como modelo para ser imitado en Francia sobre análoga materia artística.

Todavía dentro de este tema no puedo dejar de mencionar un pequeño volumen titulado *La miniatura*, publicado por la Editorial Argos, de Barcelona, en el cual puso Domínguez-Bordona una singular atención; escrita con diáfana prosa, cabría decir de esta obrita que el autor fundió en ella sus aficiones artísticas, literarias y bibliofílicas, ofreciéndonos una verdadera joya en su género.

No podemos pasar en silencio en este artículo cierta curiosa anécdota que hemos oído relatar a Domínguez-Bordona en alguna ocasión. El hecho ocurrió durante el verano de 1929, es decir, antes de la República. Ya buen conocedor nuestro erudito de la miniatura española, observó cierto día que pasaba por delante de la tienda de un conocido anticuario de Madrid que éste exhibía en su escaparate varios folios medievales bellamente iluminados. Una más detenida atención le permi-

tió reconocerlos con seguridad absoluta como pertenecientes a alguno de los seis cantorales de Juan de Carrión, conservados en la catedral de Avila. Lo más regular hubiera sido comunicar el hallazgo a la policía, pero consideró más eficaz notificarlo a nuestro admirado compañero e ilustre historiador Claudio Sánchez Albornoz, que a la sazón, ministro de Educación Nacional, veraneaba en su querida Avila, el cual se puso inmediatamente al habla con las autoridades catedralicias, pudiendo comprobarse que los valiosos folios habían sido sustraídos por el campanero del templo y vendidos por él en Madrid, sin declarar, naturalmente, la procedencia. No hay que decir cuánta satisfacción proporcionaría a Domínguez-Bordona haber contribuido a la recuperación de unos folios miniados de singular valor artístico.

Notable fue la actividad de nuestro compañero durante el período que estuvo al frente de la biblioteca de Palacio. Organizó exposiciones sobre encuadernaciones españolas y sobre antiguos libros de medicina; de ambas imprimió breves inventarios. También dejó preparado para publicarse un catálogo de poesías manuscritas de todo género y que fue recogiendo de textos inéditos de dicha biblioteca. La mayor curiosidad que nos ofrecería de la misma sería tal vez la *Colección de dibujos y acuarelas que mandó hacer el obispo de Trujillo (Perú) a fines del siglo XVIII, don Baltasar Jaime Martínez Camañón*; esta bella colección de ilustraciones, de delicioso sabor indígena peruano, cuidadosamente editada, prologada y anotada por Domínguez-Bordona se publicó en 1936. Todavía sobre el buen obispo humanista de Trujillo escribió alguna cosa más nuestro infatigable erudito. Añadamos que en el tomo IX de Catálogos de la Biblioteca palaciega incluyó el referente a manuscritos de América.

La producción de Domínguez-Bordona como bibliotecario fue extensa; nos remitimos a la *Bio-Bibliografía del Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*, redactada por nuestro compañero Agustín Ruiz Cabriada; en ella encuéntrase recogida, además, toda la restante de nuestro erudito hasta la fecha de su publicación. Nos limitamos aquí a recordar algunos de los temas tratados por Domínguez-Bordona, como, por ejemplo, manuscritos españoles y portugueses en Leningrado, ex libris mozárabes, venta de libros en Silos, un curioso memorial de cierto impresor sevillano del siglo XVII sobre los excesos en materia de libros, curiosidades en torno a Juan Valera, Bécquer, Godoy, Barbieri...

Pasada la guerra civil de España, Domínguez-Bordona sería destinado a la Biblioteca Provincial de Tarragona, donde ha permanecido hasta la fecha de su jubilación en 6 de noviembre de 1959. La labor desarrollada al frente de dicha biblioteca, instalada en el palacio de Castellarnau, tal vez la mansión de más señorial empaque de la histórica calle de los Caballeros, ha sido verdaderamente ejemplar, puesto que de su anterior abandono (lamentable almacén de libros), lograría convertirla en un excelente centro de estudio, en el que destaca la sala de lectores, instalada en el bello salón del edificio, decorado su techo por José Flaugier, pintor del siglo XVIII, de origen francés, pero que actuó durante un largo período en Cataluña, habiendo dejado muy bellos ejemplares de pintura mural. La reorganización de los índices contribuiría, no hay que decir, a la mayor eficacia de la biblioteca, que conserva ejemplares notables, principalmente procedentes de los monasterios de Poblet y

Santes Creus; entre los primeros destacan restos valiosos de la famosa biblioteca del virrey de Nápoles don Pedro Antonio de Aragón, en la actualidad sensiblemente dispersa.

Al mismo tiempo nuestro admirado erudito no ha interrumpido la producción literaria, inspirada en su inalterable amor al libro y en su especialidad artística, si bien luchando con la falta de medios bibliográficos auxiliares que impone una pequeña ciudad provincial. En Tarragona Domínguez-Bordona se interesaría en un primer término por temas locales de evidente interés, como, por ejemplo, acerca de la notable biblioteca del canónigo tarraconense Ramón Foguet (siglo XVIII) y otra no menos importante de cierto canónigo de Tortosa formada por el año 1610, sin olvidar la célebre del virrey Pedro Antonio de Aragón, sobre la cual ha sacado a luz importantes datos inéditos. Merece destacarse su erudito estudio sobre el funcionamiento del escritorio medieval de Santes Creus y sobre los manuscritos de este famoso cenobio cisterciense. También cabe hacer constar su examen analítico de los manuscritos de San Bernardo existentes en la Biblioteca Provincial de Tarragona. A continuación del presente artículo ofrecemos la producción de Domínguez-Bordona que no figura en la *Bio-Bibliografía del Cuerpo de Archivos*, de Ruiz Cabriada, por ser posterior a su publicación.¹

He aquí expuesta en breves líneas una ejemplar vida de estudio. En la actualidad Domínguez-Bordona sigue al frente de la Biblioteca Provincial de Tarragona, prestando servicio con carácter honorario. Su actividad erudita continúa inalterable, atendiendo las frecuentes solicitudes de colaboración que le llegan a su despacho, envuelto en el silencio y la calma de la pequeña ciudad mediterránea. Horacio, en su *Arte poética*, ensalza el *lucidus ordo*, o sea, la ordenación clara; la frase podríamos reconocerla como el lema que ha estado siempre presente, y sigue estándolo, en la fecunda labor de nuestro Domínguez-Bordona. Ultimamente el *Institut d'Estudis Catalans* le ha nombrado miembro correspondiente.

J. E. MARTÍNEZ FERRANDO

¹ *Obras maestras de iluminación no española en bibliotecas de España* (en «Archivo de Bibliografía Portuguesa», Coimbra, 1957); *Miscelánea bibliográfica de Santes Creus y Poblet* (en publicación desde 1957 en el «Boletín del Archivo Bibliográfico de Santes Creus»); *Ideas bibliológicas de fray Martín Sarmiento* (en «Gutenberg Jahrbuch», 1958); *Los hermanos Antonio y Pedro de Aragón. A propósito de una anécdota de libros y caballos* (en «Gutenberg Jahrbuch», 1959); *Algunas precisiones sobre Fernando de Talavera* («Boletín de la Real Academia de la Historia», 1959); *Las dos procedencias principales de la Biblioteca de Tarragona* («Revista de Archivos y Bibliotecas», número del centenario; varios artículos de erudición en el *Diario Español*, de Tarragona; versión española de la obra de *Saint Antoine du Désert*, de Henri Queffélec (Editorial Herder, 1957). *Incunables de la Biblioteca de Tarragona*. Catálogo abreviado. Madrid. «Rev. de A. B. y M.», 1962. 62 pp.; *La Miniatura (Ars Hispaniae)*, vol. XVIII)